



Cristian Garay Vera
Universidad se Santiago de Chile

Reseña. Iván Garzón. *El Pasado entrometido. La memoria histórica como campo de batalla.* Santiago. Ril Editores / Universidad Autónoma del Sur, 2023

Review. Iván Garzón. *El Pasado entrometido. La memoria histórica como campo de batalla.* Santiago. Ril Editores / Universidad Autónoma del Sur, 2023

Provocadoramente, el autor da su nombre a este texto a partir de unas reflexiones provocadas por una canción, Pasado Entrometido, de 1996 de Andres Calamaro y Los Rodríguez acerca del pasado, que no resuelto, aquel que nos vuelve a aparecer una y otra vez: “De un tiempo lejano a esta parte ha venido esta noche / Otro recuerdo prohibido, olvidado / ... /De un tiempo lejano a esta parte ha venido perdido, / Sin tocarme la puerta, recuerdo entrometido / Para no olvidar”.

El pasado “entrometido” al que alude esa canción (32). Este es el pórtico del esfuerzo del académico Iván Garzón acerca de una cuestión universal que aqueja igualmente a sociedades democráticas y autoritarias, como es la visión del pasado, la memoria, que desde luego no es la historia, ni sus supuestas enseñanzas, sino un ejercicio social disputado y en permanente reelaboración. Es que nadie podría recordarlo todo, ni ser una especie de esas bibliotecas monumentales de Borges, no podríamos ser Funes el memorioso, porque entonces el pasado nos

aplastaría y nadie podría resolver que parte del pasado elegir como interpretación existencial.

Esto, las sociedades lo han resuelto de distintas formas. Las sociedades autoritarias han cancelado simplemente este debate, como Turquía con el genocidio armenio, Rusia con Stalin, China Popular con Tiananmen, u otras. Algunas sociedades democráticas han llegado a ciertos consensos como Alemania respecto de la Segunda Guerra Mundial y otras disputan su memoria como Chile, Colombia, Estados Unidos o España. Incluso en Rumania no puede discutirse el papel de Vlad el Empalador como héroe nacional. Entonces la memoria es nacionalista, clasista, heterosexual, y ahora se pretende plural, inclusiva y feminista según las corrientes liberales. Por cierto, el “espectro del recuerdo de la violencia” (19) no se extingue en ninguna parte. Y el parámetro de las políticas de la memoria es el Shoá como religión civil, y George Santayana como su guía (p. 30), aunque más tarde se discutan algunos de sus asertos (34, 47 y 48).

Ninguno de estos consensos puede equipararse a la discusión erudita y con método de la historiografía, que muestra luces y sombras y no convicciones propias de la política como es la memoria. La memoria como se la concibe hoy, dice el autor, es una convención que establece un paradigma normativo a partir del Shoá y los padecimientos del pueblo judío en la dominación nacionalsocialista (60-61).

Por otro lado, si hay una teoría sobre la memoria es porque se reconoce su papel articulador en los consensos de una sociedad. La memoria al fin y al cabo elige y desecha episodios, y a veces es incapaz de dar resolución a dilemas éticos envueltos en ella. Por ejemplo, la violencia de los nacionales en la Guerra Civil española no debería impedir que se mostrara el circuito de las checas anarquistas y catalanistas en Barcelona.

Y dice el autor que es normativa, porque recordando al filósofo estadounidense George Santayana, los pueblos que no aprenden su historia están condenadas a repetirla. Bueno, no hay frase más equivoca a mi modo de ver, porque los historiadores aprendimos a ser escépticos respecto de cualquier aprendizaje social. De hecho, podemos decir que este aprendizaje histórico es tan privado como



cualquier experiencia personal, y por tanto intransferible a otra persona o sociedad. Nadie ha evitado la guerra, ni evitado la revolución, ni previno el colapso. Quizás hay episodios análogos, pero no hay una regla universal. Pero el punto es que esta sentencia de Santayana ilustra cómo el pasado convertido en criterio de bondad y maldad puede ser un criterio de norma, de futuro. La sociedad democrática, acota Garzón, convierte el pasado en norma de futuro y por tanto define cierto tipo de comunidad y valores.

Pero esto no impide problemas enormes. El primero es que la memoria es un consenso social y político determinado, que no impide ver desplazamientos de esta, pues en contextos y períodos diferentes, cambian las preguntas, las respuestas y las valoraciones. Por eso, no se podría dar una interpretación finalista como única y terminal, sino en forma modesta una verdad fáctica, y algunas interpretaciones que implican humildad. Y en ella, como en la memoria individual se borran las anomalías que puedan contradecir la “enseñanza”, este relato que se supone revestido por virtudes de bondad política tal como las pensó Norberto Bobbio, verdades axiológicas sobrepuertas a las verdades fácticas contenidas en la verdad descriptiva.

Esto me recuerda un trabajo sobre Javier Cercas, que, tratando la Guerra Civil española, precisamente uno de los casos que estudia este libro, enfrenta la matanza de Paracuellos desde un caso particular el del asesinato frustrado de un escritor falangista, Rafael Sánchez Mazas. Ahí muestra que la inhumanidad y el abuso corren del lado republicano, pero que hay un rasgo de humanidad personal que permite trascender este hecho. Pero entonces, este relato se sobrepone a la interpretación, y no falta un académico español que explica que lo importante es el relato, no los hechos. Entonces, la historiografía y la literatura (nuestro autor recurre a las letras de canciones) también describen de otra forma la construcción de la memoria, más allá del marco teórico de las ciencias sociales, y a veces con más penetración social como es el caso del cine como *La Lista de Schindler* que nos menciona el autor. Hay preguntas y respuestas a veces más persuasivas que estudios



bien documentados, o mentiras sociales más activas que un ejercicio crítico reflexivo.

Resulta que la memoria es un campo disputado, no corresponde, dice el autor, a un Gobierno dictaminar que parte de la memoria debe escribirse, porque clausurar un debate es parte de una construcción discursiva extremadamente peligrosa. ¿Entonces qué hacer? Garzón sugiere convocar, consensuar una interpretación admisible. Pero también hay otras ideas, una es la función del olvido (31), porque el encuentro entrometido puede ser fuente de una enorme insatisfacción y conflicto. De hecho, la ira como motor de la memoria es fuente justa e injusta, que a veces contradice la exposición canónica acerca de la bondad de políticas de memoria. ¿Cómo controlar la ira de los seguidores de ETA frente a sus víctimas?

Esto pone de relieve que el tema de fondo, como dice su prologador, es la violencia política. Y ella siempre será incomoda, porque implica muertos, heridos, humillados, y depende de qué lado, que mirada justiciera. La memoria, debemos decirlo, es interesada y parcial. Aquí se me ocurre recurrir a la tensión entre político y científico de Weber. El político no puede dudar, es la esencia de su oficio, el científico está constantemente dudando, probando y desahuciando. La memoria es política y por tanto eliminará determinadas víctimas en función del relato. Quizás por eso la memoria ha sido generosa con las víctimas de Derechos Humanos, y mezquina con las víctimas del terrorismo.

Esto último tiene, claro, explicaciones desde la psiquiatría y la psicología. La violencia política genera dolor y hay fases psiquiátricas de la perdida (32-33). Porque al fin y al cabo el terrorismo es un fenómeno elusivo, que ve en sus víctimas culpables aleatorios de una violencia estructural e innominada, que cae como la lluvia sin culpas sobre sus víctimas. Pero esta idea de la lluvia como analogía de la violencia terrorista es una justificación de la incomodidad que tiene hablar de la violencia política armada al interior de las sociedades. La violencia de grupos o actores no estatales parece más difuminada que no se quiere tratar.

El déficit aludido no es casual.



Las políticas de la memoria se tornan para sus defensores en reparadoras y terapéuticas, pero respecto de las víctimas no siempre está el papel proactivo y profiláctico.

La teoría de la memoria a la que alude el autor es evidentemente una teoría democrática, que también es parte de regímenes autoritarios fundados sobre la violencia y no quieren discutir sobre ese pasado. La diferencia, es que, en regímenes democráticos, es parte del debate público, y así debe seguir siéndolo, y en regímenes autoritarios es parte de la acción de servicios policiales y mecanismos de censura. Pero igualmente es cierto que mecanismos de censura sobre el pasado se han extendido desde la Segunda Guerra Mundial en buena parte de Occidente democrático, y en forma distorsionada, no democrática, en América Latina en los llamados gobiernos bolivarianos en la forma de leyes sobre corrección política. La tentación totalitaria está invadiendo las democracias y se extiende al control del lenguaje y de la des-información, a comisiones y criterios jurídicos que invaden a veces el criterio de la investigación académica, excusas todas para el control de la población y de las opciones políticas. Cuando la pregunta contiene la respuesta, es obvio que no hay debate alguno, solo conformidad.

La memoria contiene nuestra identidad (21), y es evidente que en este tenor las convicciones que se tienen pueden ser alteradas en su dominio social, legitimidad e incluso en el plano legal en tanto se trata también de políticas de la memoria. Aunque los gobiernos siempre querrán ser custodios de la memoria, que lo son a través de monumentos y reconocimientos, no deben tener pretensión de controlar su interpretación. Por el contrario, una respuesta hoy, puede estar completamente desactualizada mañana: “El pasado –dice el autor- puede darnos también una lección de humildad” (198).

Louis-Fernand Celine, aludiendo a su experiencia en la Primera Guerra Mundial, escribió recordando una lesión en el campo de batalla en 1914 y un pitido en el oído que no lo abandonó nunca más;



Muy jodido, el pasado, vuelve por un momento, con todos sus colores, sus negros, sus claros, los gestos exactos de la gente, el recuerdo sorpresa. Es un cerdo, el pasado, siempre ebrio de olvido, un auténtico traidor que ha vomitado sobre los asuntos que ya tenías ordenados, es decir, amontonados, asquerosos, al final agonizante de los días, en vuestro propio ataúd. (*Guerra*)

Finalmente, el autor nos hace notar algunas consecuencias de estas políticas de la memoria. En España predominaron las Política del Consenso primero en el Pacto del Olvido, y luego una coexistencia contenciosa. Luego vinieron las Política de la Reconciliación, donde las víctimas estaban en el centro, y los héroes fueron bajados del pedestal. En las Política Crepusculares, se apunta a la verdad posible, se establece una narrativa sobre el pasado, se establecen comisiones de verdad, y se distingue entre la verdad fáctica y lo no narrado.

Hay una verdad testimonial, que genera una verdad social, que es una narrativa social sobre la violencia. También está la verdad moral o restaurativa, que invoca el deber de recordar. Se construye así “Una verdad histórica al servicio de la convivencia cívica” (187). Esto supone que la “verdad”, puede ser una verdad a medias, acomodaticia, “al servicio de la convivencia cívica” (188). Va en relación con la comunidad. “La ética de la responsabilidad morigera la ética de la convicción” (188), sostiene el autor, en clara referencia al aserto weberiano, acerca de los fines y los medios para el político.

Justicia y paz no siempre riman. La memoria no puede ser un fin en sí mismo, por eso es necesario preguntarse con qué finalidad se recuerda y se debate. En una democracia liberal, dice Garzón, la “verdad histórica así concebida no puede convertirse en el “valor supremo de la sociedad” (p. 189). En suma, la memoria siempre se revuelve, en el fondo de nuestra existencia, como un telón recurrente de la escenografía y permanece para bien y mal como un juicio axiológico, normativo, pero al mismo limitantes y potencialmente contradicho por el juicio de hecho,



histórico, que le da soporte inicial. En un horizonte historiográfico, la memoria es una limitante de facto para la libertad de proponer y describir fenómenos, y también una amenaza a la escritura de la memoria, ya que las aporías políticas pierden vigencia en el campo de la descripción.

Si donde el autor pone democracia reemplazamos por Estado, tenemos que el control del pasado es una forma de controlar el futuro. Así pues, el peligro en una época de desintegración de la democracia es que democracias iliberales o estados autoritarios se apoderen del pasado. No es que sea algo nuevo, los romanos cuando borraban las placas de los Emperadores caídos y “reescribían la historia”, solo que renegar la cultura liberal de la democracia, supone dictaminar que deben pensar las personas en el presente. Siguiendo a un gran colombiano, “Hablar de los muertos con superioridad de vivo es moda reciente”, Nicolás Gómez Dávila, (Resumen de Escolios, 22). Soy poco optimista.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System, University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).

